

Fray Manuel de Tuya O.P.

Primera multiplicación de los panes. 14,13-21

La escena de la primera multiplicación de los panes no sólo la transmiten los tres sinópticos, sino que también la recoge ampliamente, matizándose detalles que faltan en los sinópticos, el cuarto evangelio en su célebre capítulo sexto, en el que se transmite la promesa de la institución eucarística. Dos sinópticos—Mc-Lc—vinculan esta escena a la vuelta de la misión de los apóstoles y al juicio de Herodes sobre Jesús—acaso por haberse agudizado esta fama con la misión de los apóstoles—y se vincula también, literariamente, a la muerte del Bautista, evocada oportunamente por el juicio de Antipas sobre Cristo: que fuese el Bautista resucitado. Mt, en cambio, relata esta misión de los apóstoles en un marco distinto, acaso evocado por la acción misional de Jesús en Galilea (Mt 9,35-36) y como complemento y expansión de esta actividad de apostolado. Juan, por otra parte, sólo se limita a situarlo en el marco galileo, después de la vuelta de Jesús de su viaje a Jerusalén, en el que cura al paralítico de la piscina de Betesda.

Probablemente la situación cronológica sea la que le asignan Mc-Lc. En la perspectiva literaria de Mt parecería que este episodio —el juicio inquietante sobre Jesús en la corte—era el motivo decisivo que hizo que Jesús «ante esta noticia se alejó de allí privadamente en una barca a un lugar desierto», que estaba (Lc 9,10) en territorio del tetrarca Filipo. En su territorio, Jesús y los suyos estaban al margen de la jurisdicción de Antipas, inquietado por los rumores que había sobre Jesús, y en seguro. Pero, como la muerte del Bautista sucedió mucho antes, la frase de Mt no puede tener más que el valor de una transición literaria. Sería una medida de precaución para cumplir los planes de Dios, pues aún no había llegado su hora (Jn 7,30). Sin embargo, Mc y Lc, que vinculan este milagro de la multiplicación de los panes a la muerte y juicio de Herodes sobre el Bautista, destacan otro motivo de este retirarse Jesús a un «lugar desierto». Los apóstoles vuelven de su misión apostólica por Galilea «y, gozosos, le cuentan todo lo que habían hecho» (Mc 6,30; Lc 9,10). Este encuentro entre Cristo y los apóstoles debió de tener lugar en Cafarnaúm (Jn 6,22-24). El éxito y conmoción social de los apóstoles por Galilea debió de ser de cierto volumen. Y el eco de sus triunfos se acusa en el evangelio. Mc lo acusa muy gráficamente: «pues eran muchos los que iban y venían y no tenían tiempo ni para comer» (Mc 6,31). Esto hizo a Jesús buscarles unos días de retiro y de reposo. Y «salieron en una barca privadamente (que es lo mismo que dice de solo Jesús Mt 14,13) hacia un lugar desierto», que Lc matiza además diciendo que era «una ciudad llamada Betsaida» (Lc 9,10).

Betsaida Julias había sido embellecida por el tetrarca Filipo, y pertenecía a su territorio de la Gaulanítide (el actual Dejalán). Manifiestamente, el intento de Lc es recoger la ciudad más destacada adonde Jesús se dirigía, como punto de orientación geográfica para sus lectores étnico-cristianos, ya que Cristo iba buscando, según Mt-Mc, «un lugar desierto», que eran los alrededores de Betsaida, región, geográficamente, desértica, puesto que buscaba unos días de retiro y descanso para los apóstoles.

Pero en este lugar tampoco los dejan tranquilos las turbas. «Los vieron partir

y se enteraron muchos» (Mc). Por eso, de «las ciudades marcharon allí a pie y llegaron antes que ellos» (Mc).

Estas multitudes de «todas las ciudades» (Mc) es muy probable que se hubiesen encontrado en Cafarnaúm como punto estratégico de las caravanas para ir a Jerusalén a la fiesta de la Pascua, «que estaba cerca» (Jn 6,4). Precisamente Cafarnaúm era uno de los centros caravaneros que se utilizaban para subir a Jerusalén por el valle del Jordán y evitar así el paso por Samaria, con las consabidas molestias con que los samaritanos recibían a los judíos peregrinos a la Ciudad Santa. Esta concentración de masas en los alrededores de Cafarnaúm, esperando las formaciones caravaneras para ir a Jerusalén, traía el recuerdo y admiración de la obra milagrosa de Cristo por toda Galilea. Y «le seguían precisamente porque veían los milagros que hacía con los enfermos»).

De Cafarnaúm a los alrededores de Betsaida hay a pie 10 kilómetros. Las turbas hicieron rápidamente el viaje a pie. El detalle que consigna Mc es muy verosímil: «llegaron antes que ellos». La prisa de las turbas y un retraso de la barca, debido a cualquier circunstancia, v.gr., viento en contra, explica bien este detalle que supone, por otra parte, Mt, puesto que al desembarcar vio una turba numerosa.

El, que buscaba reposo para los suyos, a la vista de las turbas numerosas (Mt-Mc), las recibió. «Sintió compasión por ellas, porque andaban como ovejas sin pastor» (Mc). Estaban desorientadas por los fariseos de la verdadera doctrina del reino, de la cual era el verdadero Pastor. Y, aunque buscando milagros, lo dejaban todo por seguirle. El mismo tendrá que proveer para darles de comer. Esto indica bien el ansia de las turbas. «Por eso se puso a enseñarles muchas cosas» sobre «el reino de Dios» (Lc). Y además «curó a sus enfermos». Era la misión de Cristo, Mesías-Pastor (Ez 24,23), ante las gentes que andaban desorientadas, por el fariseísmo, en frase bíblica «como ovejas sin pastor». Por eso Cristo les «enseñó» entonces muchas cosas sobre el reino.

Qué tiempo emplease Cristo en esta predicación y en esta obra benéfica, no se dice. Pero debió de ser larga. Pues había «avanzado mucho la hora». La expresión con que lo traduce Lc: «Comenzaba a declinar el día», que parecería señalar el momento preciso de la hora, posiblemente no es más que la traducción material de un modismo aramaico (natah hayyóm). Tal es el substrato que le da a esta frase Delitzsch en su N.T. hebreo, y que no significa sino que la hora es avanzada (Lc 24,29). Pero no indica esto, ni aun traduciéndose la expresión de Le, porque «comenzaba a declinar el día», que estaba ya próxima la puesta del sol. El judío llama «declinar el día» a todo el espacio que va desde el mediodía hasta la puesta del sol. No obstante, la expresión puede, en otro contexto, referirse a las horas finales del día (Jer 6,4). El decir que era ya «avanzada la hora», debe de referirse a las horas de comer o para la hora de comer. Estando en la primavera, pues «estaba cerca la Pascua» (Jn 6,4), lo que se deduce por el detalle que pone Mc de estar allí «la hierba verde», se estaba muy cerca del equinoccio, época en que el sol se pone allí sobre las seis, y es bien conocido cómo en Oriente el crepúsculo es rapidísimo. Teniendo en cuenta esta observación del evangelista y el tiempo que necesitarían las turbas para poder ir a proveerse, acaso se pudiese indicar que fuese sobre las cuatro de la tarde.

Esto es lo que hace a los apóstoles decir al Maestro que despida a las gentes,

pues siendo el lugar desierto y la hora avanzada, sólo así podrán proveerse de víveres, yendo a «los campos y a las aldeas circunvecinas» (Mc). La expresión «campos» que Mc y Lc usan, son llamados así frecuentemente en el A.T. y en los LXX los pequeños villorrios en oposición a las ciudades (Mc 5,14; 6,56).

Así, despedidas a tiempo aquellas gentes, no sólo podrían proveerse de víveres, sino incluso encontrar albergue, como dice Lc.

Era el momento esperado por Jesús para mostrar su misericordia y su poder con el gran milagro. «No hace falta que se marchen —les dice—; dadles vosotros de comer». Mientras los sinópticos probablemente sólo transmiten esto «quoad sensum», Juan matiza este punto. Es en su comentario donde se estudia esto.

A esto les pregunta: «¿Cuántos panes tenéis? Id a ver» (Mc), y después de verlo, dícnle: «Cinco (panes) y dos peces». Esta respuesta, atribuida globalmente a los discípulos por Mt-Mc, es puesta por Juan en boca de «Andrés, hermano de Pedro». Se debió de preguntar a los más próximos si tenían alguna provisión, y se dio con «un muchacho que tenía cinco panes de cebada y dos peces». El pan de cebada era propio de la gente pobre. Debía de ser uno de esos pequeños comerciantes que se juntan a las turbas para hacer con ellas su pequeño negocio.

Pero el mismo Andrés (Jn), después de referir esto a Jesús, ve lo imposible de aquel remedio: «Pero ¿qué es esto para tantos?» (Jn 6). Mas Jesús—aquella era su hora—da orden de traérselo y de que las gentes se sentasen sobre la mucha hierba (Jn 6,10) verde (Mc) que allí había. Esta es una buena indicación cronológica. La Pascua estaba cercana y la primavera había llegado. «Estas condiciones no se realizan en la ribera del lago más que desde la mitad de marzo a la mitad de abril».

Recibidas las órdenes, los apóstoles van avisando a las diversas agrupaciones de aquella gran masa, conforme a las órdenes de Cristo, para que se sentasen en la hierba por grupos de 50 y 100 personas. La forma con que expresa Mc estos grupos es notable: Mc pone *prasiai prasiai*, que son los diversos cuadros de plantaciones de un huerto, los arriates de un jardín. Evoca todo un cuadro pintoresco de colores y turbantes orientales destacándose sobre aquel marco de la «hierba verde». Estas agrupaciones, si permitían una distribución más ordenada de la comida, era, por otra parte, una buena base de recuento. Pero los cinco mil que comieron de aquel pan, «sin contar las mujeres y niños», es, a su vez, un índice de que, en aquella milagrosa refección, los hombres y las mujeres se agruparon para comer, conforme a las costumbres orientales, separadamente.

Una vez agrupados, Jesús «tomó los cinco panes y los dos peces». Y tuvo la siguiente actitud: «Levantó sus ojos al cielo» (Mt-Mc-Lc). Jn, en cambio, omite este detalle. Se comprende fácilmente el ardor y la emoción de esta mirada a los cielos, a su Padre, que está en los cielos. Era gesto ordinario en la oración de Cristo (Jn 11,41.42; 17,1). En cambio, no era lo usual en las costumbres rabínicas. Rabí Ismael bar José (sobre 180) decía: «La regla es que el que ora ha de tener los ojos bajos y el corazón elevado al cielo».

«Los bendijo». La expresión que por (benedicir» ponen los tres sinópticos es eulógesen, propiamente bendecir. Sin embargo, Juan en este mismo lugar pone la forma griega *eujaristésas*, que etimológicamente significa (dar gracias). En cambio, en la segunda multiplicación de los panes, Mt (15,36) y

Mc (8,6) ponen «dando gracias». Pudiera pensarse que Jesús realizó las dos cosas: dio gracias y luego bendijo; o que su bendición la realizaba en forma de acción de gracias. Sin embargo, esta permutación de términos en acciones equivalentes hace ver que estas expresiones son, más que matices de acciones distintas, expresiones sinónimas, en la Koiné, de una misma realidad.

La costumbre rabínica había establecido—preceptuado—que no se comiese o bebiese nada sin bendecirlo. Quebrantar esto era equiparado «al pecado de infidelidad». Había fórmulas para toda clase de bendiciones, que solían comenzar: (Alabado seáis, Yahvé, nuestro Dios, rey del mundo».

El mismo dos partió» (Mt-Mc-Lc). Era la evocación del pater-familias en la cena pascual, y era afirmar el dominio suyo en el milagro que iba a realizarse. El milagro, ¿se realizó multiplicándose el pan en las manos de Cristo o se multiplicaba en las manos de los apóstoles al distribuirlo? No sería fácil saberlo.

Lo esquemático del relato no permite precisiones. Pero en cualquier caso tenía que haber impresionado a los apóstoles aquella multiplicación de cinco panes en el mismo «fieri» de su multiplicación, sea al recibirlo incansablemente de manos de Cristo, sea al distribuirlo indeficientemente ellos.

El milagro fue no sólo abundante para que pudieran comer los cinco mil hombres, y las mujeres y los niños que les acompañaban —turba esta que acaso pudiera suponerse en otras cinco mil personas—, sino que, impresionados los apóstoles por ello, resaltarán dos cosas: que todos (hombres y mujeres) comieron hasta hartarse, y también que Cristo, para dar una lección más del control del milagro y de delicadeza para la economía divina, mandó a los apóstoles a recoger los restos—que no se desperdicie nada»—(Jn 6,12). Era uso también de los judíos recoger, después de las comidas, los trozos de comida caídos a tierra. Y se recogieron (doce canastos» de los trozos que sobraron de los panes y de los peces. El Kóphinos es un cesto de los que usan las gentes rústicas, como los que usan los labradores y albañiles. Estaban hechos de pequeñas ramas de sauce. Su capacidad puede ser diversa. Este tipo de espuestas era bagaje ordinario de los judíos en sus viajes. Juvenal decía de ellos que su ajuar eran el «cófino» y el heno. Y, por su uso habitual, Marcial llama a los judíos «cistíferos». Nada más natural que algunas personas cargasen con algunas provisiones para el camino, llevadas en los clásicos acótenos».

Lo que sobró fue una cantidad incomparablemente mayor que lo que sirvió de materia para el milagro.

La redacción literaria del «rito» de Cristo debe de estar en función del rito litúrgico de la institución eucarística.

Este milagro de Cristo tenía un sentido marcadamente mesiánico. La obra de Cristo va evocando, al superarla, la vieja historia profética de Israel. Se leía de Moisés en los días de la peregrinación por el desierto: e (Dónde tengo yo carne para alimentar a todo este pueblo? ¿Por qué me llora a mí, clamando: Danos carne que comer? Yo no puedo soportar solo a este pueblo. Me pesa demasiado» (Núm 11,13.14). Sólo a su invocación se concede el maná.

Los contrastes se evocan y se acusan. La escena es también en «un lugar desierto». Precisamente por esta época se proclamaban varios mesías y los empujaban al «desierto», evocando la renovación mesiánica y procediendo

como en los días mosaicos del desierto. Josefo contará el caso de varios seudomesías convocando a sus turbas fanatizadas en el desierto: Individuos con máscara de inspiración divina, empujaban la turba a un delirio furioso y la arrastraban al desierto, donde, según ellos decían, Dios debía mostrarles las señales de la próxima libertad». Y luego describe casos concretos de estos seudomesías y de su fin desastroso.

Si el «desierto» era el suelo evocador del primer libertador del pueblo— Moisés—, también en aquel ambiente de expectación mesiánica estaba, en evocación con los prodigios del primer libertador, que el segundo, el Mesías, realizaría toda suerte de prodigios, y, concretamente en los días mesiánicos, se esperaba una lluvia perpetua de maná.

Este era el ambiente palestino en aquellos días, y esta reacción mesiánica ante el milagro—milagros—de Cristo fue la actitud de aquellas turbas.

Mt y Mc sólo consignan, a continuación de la multiplicación de los panes, que Jesús «obliga a sus discípulos a embarcarse y a ir delante de El... hacia Betsaida, mientras El despachaba al pueblo» (Mc). Pero la razón mesiánica de esta premura por separar a los apóstoles del pueblo y despachar y disolver a las turbas la da Juan. Al ver aquellos hombres «el milagro que hizo», se decían: (Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo». Y añade el evangelista que Jesús «supo», probablemente por lo que veía y oía, que «iban a venir para cogerle» y llevarle a su frente, en una gran manifestación, a Jerusalén, «para proclamarle rey» (Jn 6,14.15). Era el Mesías-Rey que se esperaba. Ya Natanael, la primera vez que ve a Jesús, le dice, admirado por su penetración: (Tú eres el Rey de Israel» (Jn 1,42). La Pascua «estaba cercana»; las caravanas se disponían a ir a Jerusalén; la proclamación del Mesías en ningún marco mejor podía hacerse que entrando triunfalmente en Jerusalén y proclamándolo como tal en el templo. En los escritos rabínicos se lee: »Nuestros maestros han enseñado: Cuando el rey, el Mesías, se manifestará, vendrá y se instalará en el techo del santuario». Pero esto era el mesianismo nacionalista y político de las turbas. Cristo no podía aceptarlo. El milagro no debía ser utilizado para este levantamiento. Y, por eso, Jesús separa a los apóstoles de las turbas, «forzándoles» a marchar, para que no se dejasen contagiar de aquel entusiasmo revolucionario; luego, El mismo despidió, «disolvió» a la turba; y, por último, «cuando despidió a la gente», El mismo «subió al monte» del que había bajado (Jn 6,3) con sus discípulos para hacer la multiplicación de los panes en aquella región desértica, y subió de nuevo «para hacer oración» (Mt-Mc). Una vez más se recoge en el Evangelio la oración de Cristo, como impetración o como acción de gracias; El, que era el templo de Dios 61, tenía un culto constante. Si Mt-Mc no consignan explícitamente esta expectación mesiánica que hubo con motivo de la multiplicación de los panes, y que Jn tan abiertamente resalta, puede ser debido a que quedaba ya sugerido por esta marcha forzada de los apóstoles.

De una manera sencilla, sin retoques ni procedimientos aparatosos para resaltarlo, se cuenta uno de los milagros más prodigiosos de Cristo. Los detalles, los testigos, son terminantes. Las teorías racionalistas sobre esto se han desbaratado unas a otras. Si se admite la historia evangélica, científicamente hay que admitir el milagro.

Este milagro tenía un valor típico-eucarístico. Jn lo destacará con su agudo sentido del «simbolismo» que aparece en el cuarto evangelio. Pues se está

«cerca de la Pascua», que será la anterior a la institución de la Eucaristía.
«Aunque aún no sea la Eucaristía, este pan milagroso es evidentemente su figura y preparación, como lo han pensado los Padres y también los mismos evangelistas. Tal se ve al comparar los términos que describen esta distribución solemne con los de la cena (Mt 26,26), y Jn, c.6, que une a este milagro el discurso sobre el Pan de vida».

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p.336- 342)